

Cristo Rafael Figueroa Sánchez\*

*Tradiciones y renovaciones en la nueva poesía colombiana  
(Arango, Roca, Ospina)*

**P**ara referirse a *la nueva poesía colombiana*, Henry Luque Muñoz determina un hito cronológico —poetas nacidos a partir de 1940—, señalando dos momentos de un mismo proceso: la denominada “Generación sin Nombre”, cuyos integrantes empezaron a publicar al iniciarse los años setenta, y la “Generación de los Ochenta”, un grupo más reciente de poetas nacidos a partir de 1950<sup>1</sup>. Samuel Jaramillo prefiere hablar de “Generación Postnadaísta”, en la cual distingue tendencias más o menos marcadas —neorromántica, antipoesía y de “poetas de la imagen”—, sin descuidar la importancia de ciertas voces aisladas que comparten un espíritu de época y advirtiendo también el dinamismo del grupo de poetas de los ochenta<sup>2</sup>. Más allá de precisiones historiográficas, nos interesa captar la convergencia, el cruce o la contaminación de poéticas que en un fino tejido de voces establecen subterráneos o evidentes sistemas de vasos comunicantes en el territorio reconocido de la nueva poesía colombiana<sup>3</sup>. Por una parte, el continuo movimiento de cercanía—lejanía de la tradición inmediata; por otra, una dinámica permanente de renovación a través de un diálogo intertextual e intercontinental que va más allá de las fronteras hispánicas. Si bien en muchos casos es imposible eludir la presencia de la muerte, la intensificación de la violencia o el descrédito del país político, en la mayoría de las voces es notoria la concepción del poema no tanto como “el reflejo de una situación”, sino como “el testimo-

---

\* Director del Departamento de Literatura de la Universidad Javeriana y profesor de la Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca, en Bogotá.

nio de una tensión”; no extraña por eso el imperativo de asumir críticamente el valor de aquél, que se escribe a partir de un acto profundo de apropiación de la realidad, cuyo lenguaje es una suerte de exploración, capaz de sensibilizar la inteligencia y hacer inteligente la emoción, hasta conseguir trocar lo real en imaginario y viceversa<sup>4</sup>.

Dentro del coro de voces nos fijamos en tres poemarios, publicados en 1995, de autores con obras suficientemente consolidadas<sup>5</sup>: *Montañas*, de José Manuel Arango (1937); *La farmacia del ángel*, de Juan Manuel Roca (1946), y *¿Con quién habla Virginia caminando hacia el agua?*, de William Ospina (1954). El primero, cronológicamente paralelo al movimiento nadaísta, se distancia de su tremendismo y se acerca a las búsquedas de la “Generación sin Nombre” en cuanto al alejamiento de la retórica solemne y a la afirmación de una poética de la brevedad y la transparencia. Juan Manuel Roca se integra al espíritu de aquélla acentuando el encuentro entre vivir y poetizar, entre sueño y vigilia; por su parte, William Ospina, el más joven de los tres, rebasa límites para poetizar la historia contemporánea en una zona fronteriza entre lo lírico y lo narrativo sin abandonar el gusto por la imagen ni por la sugestión del lenguaje.

En *Montañas*, José Manuel Arango afirma y continúa su ya conocida trayectoria creativa. Se manifiesta como poeta entre *físico* y *metafísico*, pues busca el ser de los seres y el ser de la vida, no de manera abstracta, sino asociándolos con personas, sitios u objetos; percibe figuras cotidianas y en la enunciación poética es capaz de dar el salto hacia una metafísica probable. Transita alternativamente el paisaje de la ciudad, Medellín, y el paisaje de la naturaleza, las montañas de Antioquia, de donde extrae la fuerza vital de su mirada, la cual lo lleva o lo devuelve a las presencias de la vida diaria. De la misma manera que Aurelio Arturo fijó poéticamente el paisaje del sur colombiano —paraíso soñado—, José Manuel Arango fija el de las montañas antioqueñas —morada de intimidad—.

La expresión poética de Arango, decididamente *lacónica* y *directa*, prefiere el poema breve y por tanto la concentración lírica, la cual lo aleja del barroquismo y de la proliferación semántica; es quizá la suya la poesía más desnuda de la actual producción lírica del país. Esta contención expresiva proviene de nutrientes italianos —Ungaretti y Montale— y se refuerza con el conocimiento de cierta poesía norteamericana —Emily Dickinson especialmente, a quien traduce—. Así, al enunciar la intimidad de cada ser, de cada sitio y de cada cosa, la enunciación queda flotando en el espacio y en el tiempo para que el lector reconstruya el ámbito en que ella se genera.

Una característica sobresaliente de su poética es la actitud de *humildad* con que se acerca a todo lo que vincula al hombre con la naturaleza; al nombrar dichos vínculos

